

LUIS CASTILLO LEDON

Nació en Santiago Ixcuintla, Nay., el 17 de enero de 1879. Murió en México el año de 1944.

Escritor, periodista colaborador de *El Sol* y *La Gaceta* de Guadalajara y ahí mismo fundador y propietario de *El Monitor de Occidente*. En Orizaba colaboró en *La Vanguardia*. Fundó con Alfonso Cravioto la revista *Savia Moderna*. En la política actuó del lado revolucionario y fue Diputado, Senador y Gobernador de Nayarit. Ocupó la Secretaría de la Biblioteca Nacional y en varias ocasiones la Dirección del Museo Nacional de Arqueología e Historia. Obra de poeta es *Lo que miro y lo que siento* (1916).

Publicó las siguientes obras: *Antigua Literatura Indígena Mexicana* (1917); *La Fundación de la Ciudad de México 1325-1925*, (1925); *Vida de Miguel Hidalgo y Costilla*; *Los mexicanos autores de óperas* (1910); *El chocolate*; *La conquista y colonización española en México, su verdadero carácter* (1932); *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925; reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario* (1924); *El paseo de la Viga y de Santa Anita* (1925); *Orígenes de la novela en México* (1922); *El puerto de San Blas, su fundación y su historia* (1945); *Lo que miro y lo que siento*; *Bocetos urbanos*; *Reino subjetivo*; *Versos a la amada*; *Flores de carne*; *Ficciones disimulas* (1916); el Prólogo al *Epistolario de Juan de la Granja* (1936); y en unión de Rita Martínez y Gabriel Saldívar, la *Bibliografía agrícola y agraria de México* (1946); así como numerosos artículos contenidos en varias publicaciones literarias e históricas. Durante varios años trabajó en la recopilación de material para escribir su biografía del Padre Hidalgo, la cual se publicó al final gracias al auxilio de su entrañable amigo Don Carlos González Peña: *Hidalgo, la vida del héroe*, 2 v. (1949).

Fuente: Luis Castillo Ledón, *La conquista y colonización española en México. Su verdadero carácter*. México, Imprenta del Museo Nacional, 1932. 82 p. p. 11-18.

EL MEXICO ANTIGUO

Obscuro es el origen de los primeros pobladores de América. Sólo se sabe hasta hoy, por los datos científicos de que se dispone, que no fueron autóctonos y que es casi seguro que vinieron de otra parte (probablemente de Asia), después del período neolítico europeo.

Propagados, con el tiempo, en numerosas tribus, se fueron poco a poco extendiendo por el vasto territorio que habría de llamarse Nuevo Mundo, estableciéndose de preferencia en las partes más estrechas del continente, donde es abundante la vegetación, donde son numerosos los ríos y los lagos, o se encuentra cercano el mar.

Merced a estos movimientos migratorios, algunas familias empezaron en el siglo VI a avanzar de las grandes llanuras del Norte hacia la región que es ahora el centro de la República, y de preferencia a la parte conocida con el nombre de Valle de México. En estas porciones de territorio y en el resto de las que llegarían a formar la nación mexicana, habían florecido ya algunas civilizaciones como la maya, la tolteca, la acolhua, la mixteca, la zapoteca, la otomí, la totonaca y la tarasca, de costumbres y lenguas diversas entre sí, y aún más diferenciadas de las innumerables tribus cazadoras y salvajes que no llegaron a constituir núcleos de importancia.

Aquellas familias que emprendieron el último movimiento emigratorio fueron las nahoas, nombradas así porque todos hablaban el mismo idioma, el nahoa, llamado también, después, azteca y mexicano. La postrera de ellas en partir de un punto denominado Aztlán, cuya situación se supone estuvo en la Alta California, fue la azteca, que emprendió en el siglo XII una larguísima y accidentada peregrinación en busca de lugar donde fijar su asiento.

Conforme a la indicación que su dios Huitzilopochtli, nombrado también Meccitli o por corrupción Méxiti, les hiciera por medio de los sacerdotes, de que ese lugar debería ser aquel donde encontrarán un águila devorando un pájaro o una serpiente, sobre un nopal nacido en un islote de un lago, pusieron en marcha cruzando inmensas regiones y deteniéndose en diversos sitios del territorio que hoy forma los Estados de Chihuahua, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Zacatecas, Michoacán, Hidalgo y México, hasta entrar al Valle, que hallaron ocupado por las familias nahoas que les precedieran.

Aún recorrieron innumerables puntos en torno del extenso lago que ocupaba el centro de esta región, sufriendo peripecias sin cuento, y al fin encontraron el islote con el águila sobre el nopal, de acuerdo con lo prevenido por su dios. Este suceso, según cálculos de la mayor parte de cronistas e historiadores, acaeció el año II calli (del calendario azteca), correspondiente al juliano 1325.

Edificaron luego un pequeño templo a su numen; se esta-

blecieron en torno de aquél, y dieron a la nascente población el doble nombre de Méccico-Tenochtitlan, del que por corrupción la primera palabra se volvió México. Llamóse así en honor de Huitzilopochtli o Mexitli (propiamente Meccitli, que significa "ombligo de maguey"), y de Tenoch ("tuna de la piedra"), sacerdote que portaba la imagen del dios al término de la peregrinación. De allí en adelante los aztecas se llamaron de preferencia mexica, mexicanos, cambiando su primer gentilicio por este último, como habitantes de la ciudad acabada de fundar.

México fue al principio un pequeño poblado de chozas de carrizo con techos de hule, edificado en el islote, y poco a poco se extendió a otros islotes cercanos, los que pronto se vieron unidos al principio por medio de estacadas terraplenadas con fango extraído del lago, y por un sistema de islillas flotantes, llamadas chinampas, las cuales sirvieron para el cultivo de cereales y otras plantas necesarias al sustento.

Declaráronse los mexicanos tributarios del rey de Atzacapotzalco, a quien pertenecían aquellos lugares; en 1337 se separaron unas de sus tribus y fundaron Xaltelolco ("montón de tierra o arena"), que a poco tomó el nombre de Tlatelolco, y con él una nueva nacionalidad; en 1376 cambiaron de forma de gobierno (que había consistido en un consejo dirigido primero por Tenoch, y muerto éste, por Mexitzin), proclamando rey a Acamapichtli, cuyo nombre significa "el que empuña el cetro".

Edificada sobre el agua, México-Tenochtitlan llegó a ser una gran ciudad, metrópoli de un nuevo reino que aunque miserable al principio, tornóse en el más poderoso, conforme fue ensanchando sus dominios hasta comarcas muy distantes. Por el Oriente llegó a las costas del Golfo y Coatzacoalco; por el Nordeste al país de los huastecos; por el Norte al de los otomíes y al de los chichimecas; por el Noroeste a los reinos de Tonallan, Xalisco y otros; por el Oeste a los límites del reino de Michoacán; por el Sur a las costas del Pacífico y por el Sudeste a las comarcas de Xoconochco. Colindaban con él la república de Tlaxcala al Oriente, y el reino de Michoacán al Oeste, pueblos que, como algunos otros, no llegaron a someterse a la dominación mexicana.

El progreso de Anáhuac, que así se llamó al reino (de atl, agua, y nahuac, junto a, alrededor: "rodeado de agua" o "junto al agua"), iba aumentando con sus conquistas. Anáhuac se llamó primero la región lacustre del valle de México; mas

cuando el poder de los mexicanos extendió sus dominios hasta los dos océanos, hicieron extensiva la denominación a casi todo el territorio del reino.

El pueblo azteca logró su organización familiar, territorial y política, en la misma forma en que la han logrado todos los pueblos. El establecimiento definitivo de la tribu, y la fundación de Tenochtitlan, son dos hechos que tuvieron una enorme importancia en ella.

Está plenamente comprobada la existencia del Estado mexicano, no bien constituido, pero en vías de constituirse de modo definitivo. Ello no obstante, tuvo un régimen de propiedad y un sistema de organización territorial; diferenciación bien delimitada entre las diversas clases sociales; relaciones de dominación y subordinación. El concepto de propiedad alcanzó un grado superior de evolución, y la sociedad descansaba sobre bases territoriales, lo que definió su carácter político, y prueba de manera irrefutable la existencia del Estado. Los métodos de dominación y los de tributación, eran complementarios unos de otros, pues los pueblos sojuzgados estaban obligados a tributar. Las contribuciones recaían sobre determinadas clases sociales y la nobleza quedaba exenta de pagarlas. Tenía organización jurídica. El Derecho mexicano, rudimentario en algunas de sus partes, pero ya claramente esbozadas, hacía una marcada distinción entre Derecho Público y Derecho Privado, y reconocía el Derecho Internacional, el Penal, el Civil y el Mercantil, contando con los tribunales correspondientes para la tramitación de los juicios. La forma de gobierno era un imperio, con todas sus características, y la nación formaba parte de una confederación concertada entre Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan, para defenderse en caso de guerra. Moctezuma II encaminó francamente el gobierno a la forma imperialista. Descansaba la organización política en un soberano de elección indirecta, autor de la ley, y en un cuerpo judicial cuyas decisiones podían ser rectificadas por el rey.

Ahora si examinamos su organización social, la encontraremos pródiga en asombrosas manifestaciones. La religión, fundamento de elaboración de todas las civilizaciones indígenas, como que normaba la evolución de las mismas, y moral, arte y ciencia formaban un solo cuerpo, era politeísta, a igual de todas las religiones, aun aquellas que alardeaban de mono-teístas y sólo lo son ideológicamente; esotérica, ya que tenían una parte jamás penetrada por las masas; de elevada orientación astronómica, por lo que adoraban al Sol, a la Luna y a

Venus; con númenes cuyas representaciones fueron generalmente antropomórficas, esto es, de carácter humano, sin que dejara de haberlas zoomórficas, puesto que adoraban animales divinizados como la serpiente, el tigre y otros; de teogonía, cosmogonía y panteón, vastos y complicados, y con la noción de la existencia del alma.

Si la clase sacerdotal era por excelencia la fundamental de la sociedad mexicana, la militar le seguía en importancia. El ejército venía a constituir toda una institución perfectamente organizada, a la que pertenecía lo más selecto, y en la que los hijos de los nobles ingresaban a una orden guerrera, la de los "caballeros águilas", vedada al común de los milites. Los mercaderes formaban la otra clase privilegiada. Gozaban de organización y fuero propios. "Eran tenidos por señores y honrados como tales."

Los sacerdotes eran los poseedores de la ciencia. Cultivaban la astronomía, la astrología, la cosmogonía, la escritura jeroglífica, la historia. Y la educación instituida en forma, tendía a perpetuar la distinción entre las otras clases sociales, pues no era igual la que recibían los hijos de ambos sexos, de los grandes señores, que los jóvenes pertenecientes al común del pueblo.

Al grado de adelanto de las instituciones políticas de los mexicanos correspondía y aún superaba lo maravilloso de su arte. Su arquitectura se caracterizaba por el acertado emplazamiento de sus construcciones, armonizadas con los accidentes naturales y topográficos de cada región; por su rica y elaborada decoración, de variados motivos geométricos, y por su aspecto de verdadera grandiosidad. La escultura, en general de carácter arquitectónico y hierático, cuando dejaba de ser esculpida en piedra, para moldearse en barro, solía cobrar gracia y aun tomar las figuras expresión sonriente. La pintura era decorativa, aplicada al fresco en algunos muros interiores de los edificios, a las obras de alfarería, y en función de escritura en los códices o manuscritos pictóricos, unos en forma de grandes lienzos y otros en largas tiras de piel o de papel. Sus artes menores: joyería y metalistería, obras de mosaico, talla en piedras preciosas, en cristal de roca y en madera, plumaria, cerámica, llegaron a su mayor esplendor y son de un refinamiento que pueden parangonarse con las de los pueblos más avanzados.

Poseían una vasta literatura, compilada en archivos y bibliotecas en forma, y cultivaban la música, el canto y la danza.

Conocieron la fabricación del papel y el tejido de telas de algodón y de fibra. Su indumentaria llegaba hasta la suntuosidad en las clases distinguidas, por el ornato de los vestidos consistente en lo variado y brillante de las coloraciones y en los adornos de pelo de animales y plumas de colibrí que les ponían, así como por el complemento de ricas joyas. Fueron, por último, creadores de un arte culinario que había de pasar a la posteridad.

Era el pueblo azteca, según hubo de expresarlo su propio conquistador Hernán Cortés, un "primor en su vestido y servicio"; tenía en su trato y usos "la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá", que en gente "tan apartada de Dios, y la comunicación de otras naciones de razón —agrega— es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas".

De las civilizaciones que florecieron antes de la llegada y de la expansión de las tribus nahoas, la tolteca, la mixteca, la zapoteca y la maya alcanzaron un grado de adelantamiento del que dan bastante idea las asombrosas ruinas existentes y otros vestigios que quedan. La civilización mexicana propiamente dicha, en sólo dos siglos de desarrollo prometía igualar a aquéllas y aun superarlas; pero su desmedido abuso de los sacrificios humanos y su no menos desmedida ambición imperialista, pronto la hirieron con mortales signos de decadencia, que facilitaron la obra de la Conquista.

Juzgadas como una sola, todas las civilizaciones de los primitivos pobladores de México, ya que todas ellas ofrecen puntos de contacto y afinidades, hay que reconocer que fue una civilización, ruda si se quiere, pero completa, puesto que abarcaba todo el organismo social y político. Levantaron ciudades y pirámides grandiosas; tuvieron reyes que fueron notables legisladores, y héroes como los de Homero; midieron el tiempo y observaron los astros con más sabiduría que los caldeos; profesaron religiones en gran parte llenas de poesía; aunque con el aditamento de los sacrificios humanos, no como manifestación de barbarie, sino de fanatismo, a igual de los fenicios, los egipcios, los árabes, los cartagineses, los persas, los griegos, los romanos, etc., lograron cierto grado de moralización; se expresaban en lenguas bastante perfectas, de las que el mexicano o nahuatl es la que más llegó a difundirse, y fueron maravillosos artífices, capaces de competir con los de todas las civilizaciones. Tal cultura, absolutamente autóctona, no obstante que sus creadores no lo eran, "lejos de significar poco

en la evolución social del mundo, es, con la cultura incaica —como acertadamente piensa el maestro Antonio Caso— una de las pocas elaboraciones originales de todos los tiempos.” “Su sitio —añade— colócase inmediatamente después de las grandes civilizaciones orientales: la china, la indostánica, la persa, la egipcia y la caldeo-asiria.”

“Una cultura —según la acertadísima definición del historiógrafo Alfonso Teja Zabre— es un estado de conciencia colectiva, una unidad vital, un organismo espiritual. Es una época con alma, con individualidad histórica. El hombre comienza formando familias y tribus. Cuando se forma una ciudad puede comenzar una cultura. El principio de individuación o individualización, crea costumbres, instituciones, personas morales, y luego las formas de sociedad, estado, pueblo, nación y raza. El principio de individuación se inicia dando nombre y límite a las cosas, y trae consigo la sujeción a la norma de todo lo que recibe soplo vital, es decir, la necesidad de transformarse, de devenir, de crecer y de acabar.”

Y las culturas, o mejor dicho, la cultura de los antiguos mexicanos pasó por ese proceso, revistió todos esos caracteres, y por eso fue completa, no obstante no haber avanzado sino un poco más del estado neolítico, a causa de su relativamente corta existencia y de su aislamiento con el resto del mundo.